

DANIEL CARDONA



**EL
LLANTO
DE LOS
TERNEROS**

GANADOR
SEGUNDO PREMIO
CONCURSO DE CUENTOS
"NUESTRA PALABRA"
Toronto - 2019

TU PESADILLA COMIENZA

DANIEL CARDONA

El llanto de los terneros



Diseño de portada: Diana Ionescu

© 2020, Daniel Cardona Ochoa

© 2020, Letrina Ediciones

Primera edición: 2020

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor.

A Luciana Latorre

El llanto de los terneros

Es la tercera vez que suena el CD de Stone Temple Pilots. Es el único que tengo en la guantera y al viaje a Santa Ana le quedan todavía varias horas por delante.

No hay señal de radio que entre en esta carretera olvidada por el olvido. Parece que le hubieran arrancado a pedazos los pocos vestigios de vida que le quedaban. Ni un árbol en pie, ni una rata agonizante en el camino, ni una estación de gasolina. Nada, una carretera desierta en la que vararse podría costarte la vida.

Tengo varias garrafas de agua en el maletero y comida enlatada en caso de que me falle esta carcacha. Son las provisiones necesarias para caminar hasta Santa Ana en caso de avería mecánica.

También llevo un pasajero en la parte de atrás.

Más adelante te hablaré de él.

Apago el CD. Me gustan los Pilots pero si escucho otra vez a Scott Weiland repitiendo las mismas canciones terminaré con el cerebro más frito que el suyo. Apretar el botón del stop me sienta bien. Un poco de silencio me ayuda a concentrarme en lo que he venido a hacer. No es la primera vez que me envían a este pueblo perdido, pero igual nunca voy a acostumbrarme. El trayecto es lo de menos, lo que sientes al pisar el suelo de Santa Ana no se lo deseo a nadie. Espera un poco y lo entenderás.

Aumento la velocidad, quiero llegar y salir de este lugar lo antes posible. El calor es insoportable, el sudor me baña los ojos y dificulta la visibilidad. Veo todo en forma difusa, como si un borrador de goma hubiera tratado de desaparecerlo todo, los árboles, las rocas, el asfalto.

A lo lejos veo una figura que se retuerce a la orilla de la carretera. Al principio parece un animal, pero al acercarme puedo ver que se trata de un ser humano, o lo que queda de él para ser exacto. Desacelero al avanzar. El tipo tiene las manos sobre su estómago y su camisa está ensangrentada. No luce nada bien y no parece estar fingiendo.

Mi cerebro procesa información a una velocidad endemoniada.

Mi yo humanitario me susurra al oído que debo socorrer al moribundo.

Mi yo calculador me susurra al derecho que esto es una trampa, que de bajarme del auto terminaré rodeado por una banda de asesinos que no dudarían un segundo en sacarme el corazón con tal de quedarse con mis provisiones.

Cuando las decisiones son de vida o muerte prima tu instinto de conservación. Acelero, tomo una

botella de agua sin empezar y al pasar al lado del extraño se la lanzo lo más certeramente posible. Tengo buena puntería y esta vez lo he vuelto a hacer. La botella cae justo al alcance de sus manos. Sé que esto no le va a salvar la vida pero a mí si puede mantenerme respirando. Miro por el retrovisor y solo alcanzo a ver un bulto difuminado por el aire ardiente que flota sobre el asfalto. Te dije que llevo un pasajero en la parte de atrás. Es una chica de 24 años en avanzado estado de embarazo a quien tengo prohibido dirigirle la palabra.

La recogí en el lugar acordado a primera hora de la mañana, le entregué una bolsa llena de monedas de oro, le abrí la puerta trasera y le sonreí como se le sonríe a alguien que acaba de enterrar a un ser querido o a quien se le acaba de diagnosticar un tumor cerebral.

Ella no me devolvió la sonrisa, sabe a qué ha venido y ha aceptado las condiciones.

La suma que ha recibido le permitirá vivir sin preocupaciones por el resto de sus días.

Lo que está dispuesta a realizar a cambio del dinero acordado le puede costar su cordura.

Todas estas chicas tienen la misma mirada, la de alguien que sabe es demasiado tarde para dar marcha atrás. El viaje de ida a Santa Ana lo hacen con los ojos de los que están a punto de perder su tesoro máspreciado. El de regreso lo hacen con el alma vacía.

Piensa en una finca de ganadería. El destino de las vacas es ser preñadas y ver como sus crías son arrebatadas al nacer, una y otra vez, en un ciclo interminable. Su tristeza es diferente porque ellas no eligieron hacerlo por cuenta propia ni existe recompensa por su sacrificio.

Soy Caronte, el barquero que transporta las almas perdidas a través de las aguas que conducen al infierno. Lo hago en un Cadillac destartalado a través de una carretera fantasma y no en una barca del inframundo.

Lo que suceda allá no me corresponde, mi papel es el de hacer llegar el encargo. No le dispaes al mensajero.

El sol comienza a esconderse y el calor se hace más insoportable. Miro el reloj. No falta mucho para llegar. Acomodo el espejo para echarle un ojo a la muchacha. Sigue en lo suyo. Absorta, acariciando su vientre y sumida en sus pensamientos. Es una imagen que he visto múltiples veces pero que me sigue golpeando de la misma forma.

Fijo mi vista en la carretera. Un letrero descolorido me indica que quedan cinco kilómetros para llegar a mi destino. Justo a tiempo.

Cuando llegas a un pueblo, cualquiera que sea, esperas encontrarte con un mínimo de civilización. Es lo normal en cualquier asentamiento. Un puesto de policía, un minimercado, una gasolinera, un bar, un motel y una iglesia. Aquí no encuentras nada de eso. Al entrar en Santa Ana te topas con un puñado de casuchas abandonadas cuyas puertas están marcadas con un signo rojo en forma de T.

También escuchas esa mezcla de llantos de bebés y gritos de mujeres arrepentidas que te hacen

helar la sangre.

Sonidos que rebotan en las rocas de las colinas circundantes y regresan multiplicados por el eco para meterse a la fuerza hasta el fondo de tu cabeza.

Pero es apenas el comienzo. Lo peor es el olor a carne quemada y los rezos incomprensibles de los encapuchados que vienen a recibirte. El proceso es siempre el mismo. Debo parquear el auto en el centro de lo que alguna vez fue la plaza de este lugar. Es ahí cuando ves a lo lejos al grupo de seres de la noche siguiendo a una muchacha desconsolada a través de un callejón estrecho, portando antorchas y banderas adornadas con el mismo símbolo rojo que decora las casuchas del pueblo.

Poco a poco te va llegando el sonido de sus rezos combinado con los lamentos de la muchacha. Se te eriza la piel y se te acelera el pulso. La fonética de sus rezos no encaja con ningún idioma que conozca. No hay correspondencia latina, sajona o eslava ni nada medianamente cercano a lo que haya escuchado antes. Puede ser un idioma fabricado o una lengua hablada al revés que se te mete por los poros a través del sistema nervioso para atacar tus funciones motrices y dejarte tan petrificado como un condenado a muerte tras recibir la primera inyección letal, esa que te paraliza por fuera y te dibuja una sonrisa de ángel para camuflar el dolor de las puñaladas que recibes por dentro.

El líder del grupo levanta su antorcha y los rezos se detienen. Le da una bolsa de tela a la muchacha y le indica que se dirija hacia mi auto. La chica viene a mi encuentro y me entrega la bolsa. Abro la puerta trasera y le indico a mi pasajera que ha llegado el momento. Ambas muchachas se miran de frente.

Una tiene la mirada de quien está a punto de perder su tesoro máspreciado. La otra tiene los ojos vacíos.

Entro al auto con una chica hecha pedazos. La otra desaparece en medio de los encapuchados.

A lo lejos, los sollozos de los pequeños se hacen más intensos, como suplicando auxilio a quien está a punto de dejarlos a su suerte. Sollozos que se combinan con los rezos de los seres de la noche y los gritos de las muchachas.

Es la sinfonía del infierno.

Un réquiem por un mal sueño.

Saco a los Pilots de la guantera y subo el volumen al máximo. Scott Weiland viene a mi salvación y me revienta la cabeza con su voz rasgada. Camufla todo sonido exterior y me trae algo de tranquilidad de regreso.

Bueno, parte de ella, el olor a carne quemada no hay nada que lo camufle.

PS/

Este cuento fue premiado en el XIV Concurso de Cuento Nuestra Palabra que se celebra cada año en Canadá.

SOMBRAS

¡Señor, protégeme con tu Santa Sangre!

Esas fueron las palabras que pronuncié cuando aquella entidad posó sus ojos sobre mi humanidad.

Sentí un profundo alivio al notar que mi invocación había surtido efecto.

La oscura figura se alejó de inmediato.

Entre Caníbales

Algunos dirán que soy un monstruo. Otros, que soy su héroe.

Tal vez ambos tengan razón, tal vez ambos estén equivocados.

Tú decide. Escucha esta historia y saca tus propias conclusiones.

Estoy en la cocina de mi apartamento.

Llevo puesta una bata de laboratorio, unos guantes de látex y una máscara de enfermero.

Dirás que no es el atuendo habitual para preparar una cena.

Tienes razón, pero esta no es una cena cualquiera.

He invitado esta noche a la Profesora Norma y a su esposo, el Doctor Cuesta, a una comida inolvidable.

Ambos me han inspirado, cada uno a su manera, como nadie lo ha hecho; y ha llegado el momento de devolverles un poco de todo lo que me han entregado.

Te voy a adelantar algo, el Doctor Cuesta no va a llegar a la cita, puedes darlo por hecho.

Te voy a decir algo más, el Doctor Cuesta (o lo que queda de él), se encuentra en el refrigerador. El resto lo acabo de poner a cocinar.

Dirás que soy un monstruo.

Tal vez tengas razón.

Espera a que termine la historia y toma una decisión.

Tomo el celular del Doctor Cuesta y le envío un mensaje de texto a su esposa.

—*A las ocho en la casa del arrastrado*

—*Jajaja. Te pasas, a las ocho entonces. Xoxoxoxo* —responde la profe Norma segundos después.

Arrastrado es el apodo que me puso el Doctor Cuesta gracias a la empalagosa admiración que le profesó a su esposa, mi profesora de apreciación cinematográfica.

Una mujer fina, culta, delicada.

Esa mujer perfecta a quien no imaginas casada con alguien tan despreciable como Cuesta. Hay que decir que el tipo es exitoso en su campo y a nadie le gusta apostar por un caballo perdedor.

Mi zalamería con la Profe Norma siempre fue parte del plan.

Llegaba veinte minutos antes de que empezara su clase para situarme en la primera fila del salón. De esa forma podía intercambiar algunas palabras con ella y recordarle “lo emocionado que me

sentía en su curso”.

Al final de la cátedra, cuando lanzaba la frase de cajón “¿Alguna pregunta?” yo levantaba la mano y le lanzaba una de esas preguntas que podía responder con facilidad, con la que era fácil lucirse y descrestar al auditorio.

Al final de la sesión, cuando todos se retiraban del recinto, yo me quedaba viéndola recoger sus notas de clase y la abordaba para profundizar algún tema “que me había tocado profundamente durante su cátedra”.

No, no soy tan psicópata como para descuartizar a alguien por el solo hecho de llamarme arrastrado. Al contrario, me parece un apodo bastante amable para alguien con un comportamiento como el mío. Yo no me bajaría de calificativos del tamaño de lamesuelas o chupaculos.

Al Doctor Cuesta lo corté en pedazos por algo más trascendente. Si tienes un poco de paciencia, conocerás el motivo. Todo a su debido momento.

Me quito los guantes, la bata de laboratorio y la máscara. Meto las prendas salpicadas de gotas rojas en una bolsa de plástico negra. Abro el bote de la basura y acomodo la bolsa en su interior. Pude quemarla o haberla metido en un tanque de ácido sulfhídrico pero no me interesa deshacerme de ninguna prueba. Todo lo contrario, filmé el asesinato y voy a entregarle el video original a la profesora Norma.

Me tiene sin cuidado lo que pase conmigo.

Lo que realmente me importa es lo que suceda con ellos.

Entro al baño y me ducho. Pienso en las cosas que tengo que hacer antes de la cena: visitar a mi hermano en el instituto y comprar un par de botellas de champagne.

Cierro la llave, me seco y me rasuro. Es una manía que tengo desde que comenzó a salirme la barba. Rasurarme después de bañarme. La lógica dice que lo hagas al revés pero en un mundo donde Suiza, un país que no tiene mar, gana la copa mundial de velerismo, la lógica no funciona.

De todas formas, lo que importa no son las respuestas.

Lo que verdaderamente importa es una buena pregunta.

Busco el traje más elegante que tengo. Un tuxedo Armani que he usado una sola vez.

Hoy la ocasión lo amerita de nuevo.

Tomo las llaves de mi auto y salgo hacia el instituto. Sintonizo la emisora de la Universidad y le subo al volumen al reconocer la voz del tenor peruano Juan Diego Florez interpretando a Nanki Poo en la ópera Mikado.

Conozco la obra de memoria, es uno de los pocos talentos que poseo.

Memoria fotográfica. Memoria de elefante.

No olvido nada, tampoco perdono nada.

Llego al Instituto. Saludo a la señora de la recepción y me dirijo al cuarto 62A.

Al abrir la puerta encuentro a mi hermano golpeando su cabeza contra la pared. No es nada nuevo, no es nada raro. Siempre lo ha hecho. En esta habitación los muros están cubiertos de caucho. La idea es que Marco no se haga daño. Más bien, que no se haga más daño del que le han hecho. Ya ha sido lastimado lo suficiente. Pero de eso hablaremos más adelante.

Lo que te puedo asegurar ahora mismo es que en algunos juegos a veces gana el más débil. Si has jugado Piedra, Tijera y Papel sabes que el papel siempre vence a la roca.

Le doy un beso en la frente, le dejo una bolsa de alfalfa para que alimente a su conejo y le hago la falsa promesa de visitarlo la próxima semana.

Salgo del Instituto. Hago una parada en la licorera, compro dos botellas de champagne y regreso a casa, justo antes de las ocho.

Acomodo tres platos sobre la mesa. Uno de ellos no será usado pero eso no lo sabe la profesora Norma.

Le bajo un poco al volumen del Concierto #5 de Beethoven y miro el reloj.

Son las 07 y 55 pm.

Tomo el celular del doctor Cuesta y escribo “La reunión se alargó. Llego tarde, empiecen sin mí. Besos”

Espero a que la profesora toque el timbre de mi apartamento y oprimo el botón de “enviar”.

Abro la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

—*Profesora Norma, adelante. ¿Y el Dr Cuesta?*

—*Gracias Anibal. Mi esposo llega un poco más tarde. Cosas de médicos, ya sabes.*

Me dice que está hambrienta y que no es necesario que esperemos a su esposo.

No lo creo, sé que quiere que esta noche pase tan rápido como sea posible.

No me soporta y el hecho de que su esposo no haya llegado no le agrada en lo absoluto.

Le digo que no hay problema, que la comida está lista y que podemos comenzar si así lo desea.

Responde afirmativamente mordiéndose los labios. Un gesto de apetito demasiado forzado.

Paella Valenciana, le explico mientras sirvo el arroz con “carne” sobre su plato.

Receta de familia, espero que le guste.

Huele el vapor que despide el plato y esta vez su gesto es auténtico. Parece que el aroma de la paella le causara un orgasmo.

Armin Meiwes, un ingeniero de Rotenburgo quien contactó en 2001 a un hombre por internet para luego, de manera consensuada, partirlo en trozos y comérselo; describe en una famosa entrevista el sabor de la carne humana como “sabe a cerdo, aunque un poco más ácida y fuerte”.

La Profesora Norma está a punto de comprobarlo. Se comerá a su esposo y desde hoy siempre lo llevará por dentro.

Me sirvo a mí mismo y coloco la bandeja con el resto de la cena en medio del comedor.

El primer bocado le saca una expresión de placer. Termina el plato en menos de lo que canta un gallo.

Le pregunto si quiere repetir y dice que moriría por hacerlo, pero que antes debe ir al lavabo.

Entra al baño, oprime el botón que da marcha al extractor de olores y cierra la puerta. Treinta segundos después siento vibrar el celular de su esposo.

—*Apúrate, si no llegas en media hora me regreso.*

Pasan un par de segundos y recibo otro mensaje.

—*Además el arrastrado hizo una paella para lamerse los dedos.*

No respondo a los mensajes. Espero a que regrese.

Mientras lo hago, destapo la botella de champagne y sirvo dos copas.

La profesora sale del baño, se sienta, continua con la paella y brinda a modo de agradecimiento.

Sé que está incómoda y rompo el hielo con un tema que le apasiona.

Hablamos de cine, de su tema de clase más reciente, Cine caníbal.

El champagne y el tema de conversación le bajan la guardia.

Platica con verdadero interés del movimiento cinematográfico que tuvo su nacimiento en la década del setenta de la mano de directores italianos como Lenzi, Deodato y Martino.

Intercambiamos ideas sobre películas como Holocausto Caníbal, El Silencio de los Inocentes, Viven, The Texas Chainsaw Massacre y La Carretera.

De cuando en cuando mira su celular, esperando un mensaje que nunca va a llegar.

Finge recibir un texto y me hace saber que su esposo está enfermo, que ha tenido que irse directo a casa y que se excusa por no poder venir esta noche.

Con falso pesar me dice que lo siente mucho pero que debe retirarse para acompañarlo.

Quien se ha ocupado del Doctor Cuesta soy yo pero ella no tiene por qué saberlo.

Pronto lo hará, es cuestión de un par de horas.

Le digo que comprendo perfectamente y que por favor le mande mis saludos al Doctor Cuesta.

—*Solo un pequeño favor antes de irse*

—*Claro Anibal, lo que guste.*

Le pido que me espere un segundo y vuelvo con dos casetes de VHS.

Le suplico que los vea en cuanto tenga tiempo.

—*Son dos cortos que filmé a lo largo del curso. Solo quiero saber si cree que valen la pena.*

Sonríe y me dice que con gusto los va a revisar.

Toma su bolso, la acompaño hasta su auto y se despide con una sonrisa artificial.

Quince minutos más tarde suena el celular del Dr Cuesta. No contesto.

Segundos después recibo un mensaje de texto.

—*¿Dónde andas? Ya estoy en casa. Llámame. Y no vayas a lo de Anibal, le dije que estás enfermo.*

Tomo el celular y le escribo un mensaje.

—*No voy a volver. No estoy enfermo, estoy muerto.*

—*Ya deja la broma, no estoy de ánimo.*

—*Mira los casetes y entenderás.*

— *¿Los casetes?*

—*Los casetes de Anibal*

Termina el intercambio de mensajes.

Es una mujer inteligente y sabe que algo anda mal.

Ahora te diré lo que va a suceder.

La Profesora Norma va a reproducir los casetes.

El primero de ellos le mostrará la escena de su esposo entrando al cuarto de mi hermano Marco en el Instituto. Verá al doctor asegurarse de cerrar la puerta con llave y acercarse a un muchacho que se golpea la cabeza contra las paredes de la habitación. No se hace daño, los muros están cubiertos de caucho. El doctor lo toma de la cabeza, le acaricia el cabello y le susurra algo al oído. Si alguien pudiera leer los labios descifraría la frase “No te preocupes, todo va a estar bien”. Le lleva la cabeza hacia su pecho y le da un abrazo más que paternal. El chico golpea el pecho del Dr con su cabeza, de la misma forma que lo hacía contra los muros de la habitación. El Dr le desabotona la camisa y besa su torso. Le baja los pantalones y lo que sigue lo dejo a tu imaginación.

Pero no a la imaginación de la Profesora Norma. Ella lo tiene que ver todo, así como lo hice yo, así como lo hizo Marco y quien sabe cuántos más de sus pacientes.

El segundo de los casetes le mostrará a su esposo siendo descuartizado en un baño que le resultará familiar por un tipo con bata de laboratorio, guantes de látex y máscara de enfermero.

El griego

En medio de una enorme bodega hay un hombre atado a una silla de madera. Sus captores le informan que El Griego lo interrogará en pocos minutos. Al escuchar ese nombre se orina en los pantalones.

Sabe que va a morir y la única forma de sortear una lenta tortura es cantar como un canario, pero la traición no está dentro de sus códigos.

El volumen de las pisadas del famoso carnicero se hace cada vez más alto.

El Griego se acerca con una sonrisa indescifrable y un maletín en la mano.

—*Vaya, que suerte tengo. Otro afeminado que se ha meado en los pantalones*— dice al sacar un alicate de su maletín.

—*Es difícil ir al baño atado de pies y manos.*

—*Muy graciosa la señorita. Pero no estoy de humor para bromas así que vamos al grano. Usted sabe dónde está el polvo y es mejor que me lo diga de una buena vez. Usted elige si hacemos esto rápido o si le arranco los dientes uno por uno.*

—*¿Usted es griego, no?*

—*Mi familia es griega*— responde con tono orgulloso.

—*Interesante. Eso explica su fijación con los afeminados.*

—*¿De qué diablos habla?*

—*Es gráfico, mire, ¿ha escuchado hablar del Batallón Sagrado de Tebas? La élite del ejército griego. Tipos rudos como usted. Cogían entre ellos como conejos. Si no me cree, vaya a la biblioteca o búsquelo en internet. Está escrito. Sus antepasados son mariposas.*

El Griego enloquece y le propina un golpe en la sien con su alicate.

El hombre no sufre y se lleva un secreto a la tumba.

—*La madre que me parió*— grita mientras patea el cadáver sin cesar.

Fondo profundo

Antes de hacer algo como esto vale la pena investigar un poco. Cortarse las venas tiene una muy baja posibilidad de éxito, tan solo uno de cada diez de los que lo intentan terminan en el otro lado. Solo un 1.8% de los que prueban con una sobredosis terminan bajo tierra. Lo mismo pasa con los venenos, las sogas en el cuello y los tranquilizantes. Lanzarme de un edificio no es una opción, los cuatro segundos que tarda el caer desde un dieciochoavo piso son una eternidad y lo que quiero es hacerlo de forma rápida, instantánea. Por eso he comprado esta escopeta de pistón. Es igual de eficiente que un arma semiautomática y se ajusta a mi presupuesto. Además, sería algo casi cinematográfico. Llenar el cartucho del cargador, empujar la corredera hacia atrás y luego hacia adelante para cargar la recámara. Todo listo para disparar, al estilo Schwarzeneger contra el T-1000 en Terminator 2. Boom. En mi caso le apuntaré a mi propio pecho y punto final.

Actualizo mi status de Facebook. Escribo “Esto fue todo” y cambio mi foto de perfil, un cuadrado negro que da a entender un feeling de depresión, de tristeza, de melancolía. Una despedida poco original pero lo suficientemente melodramática para que una horda de asnos bombardeen mi perfil con frases salvadoras robadas de libros de Pablo Coelho o de las sagradas escrituras.

En este lado del mundo quitarse la vida es motivo de alharaca. En otras culturas es algo natural. Los centuriones romanos se dejaban caer tripa abajo sobre su herreruza cuando eran derrotados en batalla y los samuráis japoneses se clavaban una espada afilada en el vientre como parte de su código de honor. Es a lo que yo llamo marcharse de este mundo con algo de clase. En Tokyo ves que un ejecutivo lleva a su empresa a la ruina y tras dejar a cientos de empleados sin trabajo se acuesta en la vía del tren o se lanza desde el último piso de un rascacielos. Allí nadie se lleva las manos a la cabeza al enterarse de la noticia en el periódico de la mañana. Es cuestión de honor, todos están bien con ello, nadie arma un alboroto.

Lleno el cartucho del cargador, empujo la corredera hacia atrás y luego hacia adelante para cargar la recámara.

Me apunto al pecho.

Boom.

No es punto final. El resultado no es el esperado. Esto no es instantáneo, esto no es indoloro. No me despierto en el paraíso ni escucho ángeles cantando. La explosión me deja sordo, me arranca una pierna y me abre un agujero en la espalda. Todo ello sin dañar un solo órgano vital.

Me las arreglo para ponerme de pie, coloco la escopeta debajo de la mandíbula y lo intento de nuevo. Boom. Las cosas se ponen feas. Me falta la mitad del rostro, luzco peor que Edward Norton en El Club de La Pelea después de levantarse la tapa de los sesos.

A pesar de volarme la mandíbula sobrevivo.

Dejo caer la escopeta y saco el celular de mi bolsillo. Me hago un selfie y lo cuelgo en Facebook. Estoy jodidamente feo. No sé cuánto tiempo va a pasar antes de que Zuckerberg lo borre. Las fuerzas me abandonan y todo se vuelve negro mientras me desplomo.

Despierto y allí está ese señorito de bata blanca apretando un bolígrafo de lujo entre sus dientes. Me dice que cuento con mucha suerte. Malditas escopetas de segunda mano. Maldito doctorcito aprieta-bolígrafo. Con su voz pausada haciéndose el sabiondo, preguntando estupideces estilo ¿A veces sientes que no tienes esperanza, que las cosas no se van a arreglar? Bueno, es lo que creo leer en sus labios, la verdad es que no escucho ni mierda.

¿Algún conflicto en tu vida familiar? ¿Abuso de drogas, alcohol, antidepresivos? Todo un cliché.

Lo primero que hago al terminarse la entrevista del psicoanalista de pacotilla es abrir mi celular. Zuckerberg no ha borrado mi selfie. Tengo mas de doscientos likes y unos ochenta comentarios. “*Lo más cool que he visto en mucho tiempo, viejo*”, “*Sos una puta vaca sagrada*”, “*¿Estás disponible baby?*”. Soy una jodida personalidad de internet. Un payaso sordo al que le falta una pierna y la mitad de la cara.

De todo se aprende un poco, incluso de los fracasos. Un famoso técnico de futbol decía que perder es también ganar un poco. Esta experiencia me ha dejado un par de lecciones: que las cosas siempre pueden ponerse peor de lo que ya están y que una pistola en la boca no es ninguna garantía. También he aprendido que ya no me quiero morir. El haberme convertido en una diva de las redes sociales es motivación suficiente para seguir en este mundo. Sé que la gente es exigente y siempre quiere algo nuevo, algo más extremo, pero aún me queda un ojo, una pierna y los dos brazos. Miembros de los que puedo deshacerme en cualquier momento para mantenerlos entretenidos. *Here we are now, entertain us.*

Es algo superficial, lo tengo claro. Pero para ser profundo tiene que haber una superficie.

Kalifornia

Alguien dijo que lo primero que haría al llegar a California sería sentarse en la W del letrero de Hollywood, destapar una cerveza y aullarle a la luna.

Yo aún no lo tengo claro. Tal vez me detenga en un bar de mala muerte, juegue al billar, me pase de tragos y cace alguna pelea. Esa sí que sería una entrada triunfal. Lo de aullarle a la luna se me antoja algo aburrido.

¿Y la chica? Bueno, no la contemplo entre mis planes, lo más seguro es que no llegue a California. Miento, aún queda algo de espacio en el portaequipaje, je, je, ¡voy a morir!

Rumbo a California, con una cerveza en mi mano izquierda y el volante de un Dodge Challenger del setenta en la otra. No, no soy millonario, de hecho, el auto no me pertenece. Los papeles están a nombre del tipo que viaja en la cajuela. Lástima que no esté en condiciones de conducirlo, doscientos kilómetros por hora en esta belleza sí que te hacen “sentir vivo”, je, je, ¡voy a morir!, estas cervezas sí que te agarran rápido.

¡Veinte grados de alcohol! mierda, un par de latas podrían sedar a un caballo. Salud.

Te hablaría de la chica que me acompaña. Doscientos kilómetros atrás se hallaban levantando su pulgar al borde de la carretera, arqueada, parando ese culo de muerte forrado por una falda tan corta como su cabello.

El estúpido del Camaro siguió de largo. Yo frené en seco. Son llantas costosas pero no importa, pueden cambiarse por una puta barata. Y al fin y al cabo fue otro el que pagó por ellas, je, je, ¡voy a morir!

—*A California*— le dije mientras le abría la puerta

Se subió sonriente, algo ebria, con el maquillaje un poco corrido y un aliento nauseabundo. Ya sabes, lo que a algunos asquea a otros puede resultarle atractivo.

No soy un tipo de mucho protocolo. Me bajé la cremallera y le presenté a mi mejor amigo.

—*Sabía que esto no me saldría gratis*— se quejó coqueta mientras metía su cabeza entre mis piernas.

Giré hasta el fondo la perilla del volumen y Road Trippin de los Peppers ambientó la mejor mamada que recuerde.

No fue demasiado largo, lo bueno nunca dura. Esta chica es increíble, ¿Puedes creer que se haya chupado los dedos tras limpiarse la leche que chorreaba por su mentón?

Después de eso no hay mucho que contar. Me pidió una cerveza, le señalé la hielera del asiento trasero, sacó una lata y se mandó un trago enorme.

Eructó un olor a cloro y alcohol que me llegó como una bofetada. Me cagué de la risa y arranqué a toda máquina. ¡De cero a cien kilómetros por hora en tan solo seis segundos! Una belleza este aparato. Hablo del Dodge por si acaso, je, je, ¡voy a morir!

Y aquí voy, intentando atravesar el desierto en un auto mítico, con un muñeco en la cajuela y una puta maloliente del lado de la guantera.

—*¿Qué hay de especial en California?*

—*Chicas malas en el camino*— le respondo

Se caga de risa. Termina su cerveza de un solo envión. Eructa y me cago de risa.

Aunque su pregunta tiene cierta intención, no soy yo el que va a satisfacerla. Pretende que se la devuelva, pero no soy muy dado al diálogo. ¿Qué hay de especial en California? Podría darme cien razones que me valdrían una patada en el culo: naranjas gigantes, el Roxy Club, surf, bikinis, Hollywood, Ángeles, playa, californication.

No es eso lo que busco. Mis razones son diferentes y tal vez no le digan nada. Vomitar en el peor retrete de California puede significar todo para mí. Además, un estado que eligió a Schwarzenegger como gobernador tiene que ser el mejor lugar del planeta.

Este auto solo rinde veinte kilómetros por galón y la puta bebe demasiada cerveza así que la próxima gasolinera es parada obligatoria. No quisiera estar metido en los zapatos del chico que llena el tanque. Sus minutos están contados. Lo primero será bajarme de esta belleza y buscar el baño. Habrá que expulsar la cerveza "fuera de mi". Y me echaré a reír y me pondré a pensar "pobre chico que llena el tanque" y "pobre puta que se siente segura entre mis manos".

Es solo un plan. Tal vez resulte bien, pero tengo claro que todo cerebro tiene un límite y que la suerte se acaba. Hay que saber cuando cambiar el cheque y retirarse. A veces se gana y a veces se termina metido en la cajuela de un auto con un agujero en la cabeza.

Es posible que la suerte se acabe. Es posible que te salga una patrulla de en medio de la nada y te obligue a detenerte a una orilla de la carretera. Exceso de velocidad y alcohol al volante son cargos que pueden manejarse pero explicar lo del muñeco en la parte trasera del auto sí que resultaría una verdadera molestia.

Acomodo el Challenger al costado de la vía. Observo por el retrovisor como el tipo de las Ray-Ban polarizadas se acerca lentamente mientras saca una libretita del bolsillo trasero de su ajustado pantalón. Un verdadero maniquí, todo hay que decirlo, en este país hay que pasar un casting para ser policía.

—A mí que me arreste— dice la puta mirando el bulto del oficial a través del espejo

Es comprensible, la perra está caliente e insatisfecha. Me pegó una mamada inolvidable y su única recompensa fue una cerveza. La muy golfa daría lo que fuera porque el uniformado le diera su merecido. Está excitada y yo también. No, no, no me refiero a eso, yo siempre he jugado del

mismo bando, mi agitación tiene que ver con lo que llevo en la guantera y te aseguro que lo último que necesito en este clima infernal es un par de guantes.

—*Licencia por favor*— me dice mientras se mete un chicle en su boquita de cereza

¿Licencia? Sí que la tengo y no es precisamente para conducir.

—*Como ordene oficial*— le sonrío con amabilidad

La risa de la puta se infecta de miedo al verme abrir la guantera. El oficial no está demasiado lejos del otro lado, tan solo nueve milímetros lo separan de la muerte y yo no soy un tipo de mucho protocolo.

De repente ves cómo se te realizan tus sueños cuando ya te has acostumbrado a perder. Tener al bello policía entre sus brazos ya no es un simple deseo. Ahora me ayuda a meterlo en la cajuela. No es tan malo como parece, tendrá quien le haga compañía.

—*¿Me vas a matar?*— me dice temblando cuando cierro la maleta.

—*Eso depende*

— *¿De qué?*

—*De que tan lejos quieras llegar*

—*Solo quiero llegar a California*— alcanzo a entenderle entre sollozos.

Tal vez California sea un lugar remoto para quienes sueñan con un paraíso perdido. Yo tiendo a pensar que no está demasiado lejos.

TRIPAS DE PESCADO

Estoy atado a una silla en medio de una bodega. Detrás de mí, junto a la pared hay una mesa de carpintería llena de herramientas. No puedo verla, pero eso es lo que me dice el Griego.

También me dice que va a tomar dos de ellas, un martillo y un destornillador.

Habla de la frase de su película favorita, Aliens.

En el espacio exterior nadie puede oír tus gritos.

Todo esto empieza en un basurero. Algo peor que trabajar en un basurero es encontrarte un cadáver en medio de las pestilentes montañas de desperdicio. Es una chica, parece que lleva pocas horas de muerta y las marcas en su cuello indican que fue asfixiada.

Es feo robarle a los muertos pero es más feo que tus hijos aguanten hambre.

Tomo su Rolex y lo meto en mi bolsillo. Nunca antes había tocado un cadáver, nunca uno humano.

Un escalofrió recorre mi cuerpo al sentir su tacto. Un fogonazo de temor y de fastidio.

Su corte de cabello, la marca de sus prendas y el costoso reloj me indican que era una chica adinerada.

Onasis, el apellido que aparece en su documento de identidad me dice que proviene de una familia importante.

No hay efectivo en su cartera, solo tarjetas de crédito y una foto en la que se le ve abrazando a un muchacho de su edad.

Le echo una última mirada y la dejo donde la encontré. Reportar el hallazgo de un cadáver solo me traería problemas. Cuando trabajas en un basurero la policía te trata como basura; incluso cuando haces algo por ellos.

.....

El Griego sostiene el destornillador sobre mi muslo con una mano. Con la otra sostiene un martillo enorme, de esos que se usan para herrar caballos. Dice que por ahora no hará ninguna pregunta, que tiene todo el tiempo del mundo.

Aquí, como en el espacio exterior, nadie puede oír mis gritos.

.....

Termino mi turno, me ducho y me voy a casa. El baño no me quita el aroma a desperdicio. Estoy acostumbrado a mi propio olor pero en el bus la gente me mira con asco. Llego a mi casa, sobre la mesa hay un enorme plato de arroz y un frasco de salsa de tomate. Mi esposa y mis hijos duermen

como marmotas. Como, me baño de nuevo y me meto en la cama.

Calculo el monto que me darán por el reloj en la prendería. Comer carne durante los próximos días será como irse de vacaciones a Hawái.

Pienso en la chica y en los motivos que alguien tuvo para matarla. Celos, el cobro de un seguro millonario, una venganza contra su familia, un secuestro que no terminó según lo planeado.

Beso a mi esposa y cierro los ojos.

.....

Ya van cuatro martillazos y el Griego todavía no empieza a hacer sus preguntas. Mi muslo se ha convertido en una masa amorfa hinchada y morada.

.....

Me levanto temprano y camino hacia la prendería. Me dan la mitad de lo que había imaginado. La necesidad tiene cara de perro y la mía es la de un perro callejero. Aún así es una suma importante, nunca antes había visto tantos billetes juntos. Además te entregan el dinero sin hacerte molestas preguntas.

Continuo hacia la carnicería. Por primera vez compro algo que no sean tripas de pescado. El carnicero me mira con suspicacia mientras prepara mi pedido. Supongo que fantasea con clavar su cuchillo en mi corazón en lugar de hacerlo sobre los mulsos del cerdo que parte en pedazos.

La envidia es algo inmune a cualquier tipo de camuflaje.

Las tripas de pescado son restos que se venden para hacer abono. Comerlas es como comer mierda y eso es lo que he llevado a casa durante los últimos años.

Regreso a casa cargado de comida. Me detengo en el quiosco de revistas y veo el rostro de la chica en la portada del periódico. Se ofrece una suma millonaria a quien suministre información sobre su paradero.

Mi padre decía que es mejor encontrarse a un fantasma que a un cadáver. El primero te asusta un ratito, pero el segundo termina yéndose a vivir contigo. El viejo estaba en lo cierto y aunque ya es tarde no pienso llamar al número del periódico. Cuando se trata de tipos como yo la recompensa termina repartiéndose entre los policías. A lo mejor te la entregan, pero al día siguiente es tu cadáver el que termina en el basurero. Y por tu cuerpo no se ofrecen recompensas sino condolencias y cuentas de cobro.

.....

El Griego hace una pausa y me muestra el Rolex.

Sin duda el carnicero habló de lo extraño que resulta que un muerto de hambre ande fajado en billetes. Supongo que los de la prendería abrieron su bocota. No me dieron ni la mitad de lo que valía el reloj los muy hijos de puta. Todos habrán recibido su tajada.

—*Ya estaba muerta*— le repito a gritos - la encontré muerta.

Mi pierna está destrozada, como si le hubiera explotado una bomba por dentro, como si fuese una empanada de tripas de pescado.

El Griego dice que las palabras no son necesarias, que me las guarde porque ellas pueden herir más que un destornillador y porque de todas formas en esta oportunidad no habrá ninguna pregunta.

CUARTO ACTO

Es una época de mierda en la que me han vuelto mierda pero afortunadamente está el Lobo para decirme “fresco Cabe que lo que no mata engorda”. El puto Lobo sabía cómo levantarme de cualquier caída y esa noche tocó el timbre de mi casa a eso de las nueve p.m.

Al abrir la puerta me entregó una botella de Ron Medellín Añejo y un casete de Estados Alterados.

Bajé la grabadora amarilla de mi hermanita y nos sentamos en el sofá del garaje a escuchar los temas del Cuarto Acto (el mejor álbum de los *Depeches* paisas) y a darle mate a la botella de ron. Si un buen trago, una buena banda sonora y un buen amigo no te levantan el ánimo es porque estás podrido por dentro.

A los tres tragos ya habíamos hecho el escalafón de las diez mejores bandas argentinas y le habíamos fijado fecha a un hipotético viaje a la ciudad de Buenos Aires.

La voz del David Gahan antioqueño llegaba distorsionada gracias a la baja calidad del casete pirata y nos recordaba que un ángel pronto vendría a tomarnos del pelo para llevarnos al cielo e infectar nuestra mente.

Cantábamos a una sola voz, como lo hacen los marineros o los barras bravas, descargando rabias y frustraciones, sueños y maldiciones.

La botella y el casete se acabaron casi al mismo tiempo.

Estaba temprano, la noche apenas comenzaba y estábamos empezados.

Le dije al Lobo que me esperara y subí a cambiarme, me puse un jean y una camisa y le pedí unos pesos a mi viejo.

Me dio más de lo que esperaba con la condición de darle suave al guarilaque.

Bajé al garaje y le dije al Lobo que era la hora del “paseo inmoral”.

Teníamos esa suerte de bromas privadas y códigos estúpidos inspirados en canciones de rock argentinas: Un Paseo Inmoral (de Soda Stereo) cada vez que salíamos de cacería, Un Zoom Anatómico cuando nos referíamos a las partes ocultas del angelito de turno, Expedición al Klama Hama cuando queríamos escaparnos al fin del mundo.

Salimos de mi casa, hicimos un pit-stop en el estanquillo más cercano y compramos otra botella de ron que nos acompañó hasta la discoteca Plataforma, un club que no gozaba de la mejor reputación pero que ofrecía barra libre a un precio más que razonable.

—*Un minuto de silencio, para el Boca que está muerto*— cantábamos a todo pulmón en el camino.

El Boca Juniors había acabado de ser eliminado de la Copa Libertadores y cualquier desgracia para los xeneizes era motivo de celebración.

El puto Lobo sabía como levantarme de cualquier caída.

No había empezado la noche y yo ya estaba más fuerte que Ramoncín, ese alien por cuyas venas no circulaba sangre sino litros de alcohol.

Estaba loco por vivir y faltaba poco por llegar a Plataforma.

A lo lejos se veía una enorme fila a la entrada de la discoteca, una especie de cola de serpiente que se hacía más larga con el paso de los minutos.

Llegamos y nos acomodamos en la parte trasera de la infinita fila.

Un muchacho de modos afeminados le echó un piropo al Lobo y me cagué de la risa.

Mi amigo se hizo el pendejo pero el otro no paraba de coquetearle y se estaba poniendo pesado.

—*Viejo, no insista, ya tengo novio*— le dijo el Lobo para quitárselo de encima.

Su respuesta no le hizo mucha gracia y su reacción le iba a costar el knock out de su vida.

El muchacho se metió la mano entre sus pantaloncillos y la sacudió con todas las intenciones de dejarla bien perfumada.

Sacó la mano untada de hormonas sudadas y la puso en la boca de mi amigo.

El Lobo casi se vomita. Su gesto de asco quedó plasmado en mi memoria.

Un puñetazo asesino quedó plasmado en la nariz de su admirador.

Lo que sigue es un poco confuso y los detalles se esconden en las trincheras de mi memoria.

Yo no podía parar de reír y el Lobo no podía parar de limpiarse la boca con su camiseta y de escupir a todo pulmón para arrancarse el olor a verga ajena.

Los amigos (¿amigas?) del muchacho intentaban reanimarlo sin mucho éxito.

Al ver que no reaccionaba lo dejaron de lado y se vinieron a cobrar venganza.

Pude ver como dos de ellos sacaban navajas de sus bolsillos.

Si no corríamos como cheetas empericados íbamos a terminar convertidos en coladores.

El problema es que yo no podía parar de reír y el Lobo no podía parar de escupir.

Es muy extraña esa sensación de estar cagado de la risa mientras ves como apuñalan los pulmones de tu mejor amigo.

Pero más raro aún es carcajearte sin parar mientras te clavan un navajazo en el corazón.

Lo último que recuerdo es ver a una de las locas meterse la mano a sus partes íntimas y ponerla en la cara del muchacho tendido en el suelo.

Luego la imagen del chico reaccionando al olor y volviendo a la vida.

En ese momento el Lobo ya estaba pálido y rígido.

Fue una noche de mierda en la que nos habían vuelto mierda.

Desperté a los tres días en el hospital.

Me sentía desorientado y pronunciar una sola palabra me costaba un esfuerzo enorme.

Mi papá estaba a mi lado y volvió a nacer al verme abrir los ojos.

Le pregunté por mi mamá y me respondió con el rostro acongojado que había acabado de salir a un funeral.

No le hice más preguntas, sabía a dónde había ido.

Cerré los ojos y me entraron unas tremendas ganas de llorar que se me quitaron en el mismo instante en el que recordé el momento en el que a mi amigo le estamparon una mano con olor a requesón en toda la cara.

La carcajada retumbó en cada pasillo del hospital.

Técnicas de caza

Decirte que Cristina bebe whiskey en las rocas podría parecer algo normal. Ahora, si supieras que la chica sufre de litofagia entenderías la ironía. Dentro de su estómago hay una cantidad impensable de rocas. Si, de piedrillas que come desde pequeña y que le han causado problemas como inflamación estomacal, estreñimiento y perforación intestinal.

Los expertos no se ponen de acuerdo a la hora de diagnosticar la causa de este trastorno alimentario. Enfermedades mentales, pobreza, hambre, estrés, temor, abuso. Todas son explicaciones válidas y todas son aplicables a Cristina.

Sentada sobre un sofá rojo con una copa de whisky en una mano y un cigarro en la otra mira la televisión. En la pantalla del TV un noticiero presenta las alarmantes cifras de violaciones y asesinatos de mujeres en esta ciudad durante el último mes. Ciudad Juárez es Walt Disney comparada con este infierno.

Piensa en el traje que lucirá esta noche. Un ajustado vestido negro de lentejuelas que le deje ver sus largas piernas, unos tacones altos y una peluca al estilo Natalie Portman en la película Closer. Mientras lo piensa observa una serie de objetos dispuestos sobre la mesa justo al lado de la pecera en la que nada un pez Beta color azul. Una navaja suiza, un anillo en forma de calavera y un encendedor de oro. Cada uno de ellos es el recuerdo de un momento especial, de una experiencia única.

Escucha el agua correr en el baño. Es Alina, su compañera sentimental, quien toma una ducha caliente antes de salir hacia su trabajo. Hace el turno nocturno en una empresa de fabricación de papel. Es maquinista y supera en peso y estatura a todos los hombres que trabajan con ella. Es todo lo contrario a Cristina, carece de clase y de tacto, su voz es ronca, no conoce de modales. La ducha se cierra. Alina sale del baño y le echa una mirada a su chica antes de continuar hacia la habitación. Entra desnuda y sale vestida con un overol de obrero y botas pesadas. Se acerca a Cristina y le da un beso en la boca. Le dice que tenga cuidado. Salir sola en esta ciudad puede resultar perjudicial para la salud.

— *Diviértete, nos vemos más tarde* — le dice guiñándole el ojo antes de salir del apartamento.

Cristina cambia el canal.

Hay un vídeo de Cristina y Los Subterráneos “Tú por mí, yo por ti”.

La cantante madrileña tiene su mismo nombre y luce como ella. Ojos claros, nariz respingada.

Deja el whisky, apaga el cigarrillo y abre su clóset.

Mientras se cambia tararea el tema del grupo español “mucho cuidado con los cocodrilos, andan despacio y nunca los ves”.

Se toca el estómago. Saca una piedra de la pecera en la que nada su Beta, se la mete a la boca, la saborea y se la traga. No puede controlarse, especialmente en noches como esta. En pocos segundos se transforma en un híbrido de Natalie Portman y Cristina Roseninge.

Toma su bolso y las llaves del auto. Le lanza un beso al espejo, sabe que es una bomba y que esta noche será el foco de todas las miradas. Cierra con llave y toma el elevador. Mientras baja al primer piso tararea la canción que se le ha anclado en la cabeza “*Un día oscuro me dio por andar donde los malos tiran y dan*”.

Sale del ascensor. Se dirige hacia su coche con andar coqueto y entra en el vehículo. Antes de arrancar se mira en el espejo del auto y sonríe. Se siente con confianza, cree que puede tragarse la noche y pasarla con vino tinto. Observa una foto de Alina al lado de la guantera y su rostro adquiere una expresión de felicidad absoluta.

Enciende la radio. Las mismas noticias. Violaciones, asesinatos, desapariciones. Se molesta, busca una estación de música ligera y atraviesa la ciudad en busca de diversión.

Veinticinco minutos después llega a su parqueadero habitual. Hoy está más solo que de costumbre. Mañana es festivo y muchos aprovecharon para salir de paseo.

Una leve lluvia amenaza con hacerse más fuerte.

Solo hay unos cuantos vehículos. No hay mucho movimiento esta noche.

Se baja del auto. La soledad es total. Mira hacia todos lados. No hay nadie en este lugar y algo le dice que debe apurar el paso.

A muchas las han abordado en lugares como este. Incluso los clichés de las películas de terror ocurren en la vida real. Camina rápido, tantas noticias sórdidas la han puesto paranoica. Siente una presencia, mira hacia atrás, hacia los lados.

Nada, todo está en su sitio.

Su club nocturno favorito, Babilonia, está a cuadra y media del parqueadero. Con cada paso aumenta el volumen de la música que proviene de la discoteca. Camina con rapidez. Poco a poco aparecen los seres de la noche; muchachos engominados que le lanzan piropos, chicas en minifalda, vendedores de droga, vendedores ambulantes, un auto policíaco.

El encuentro con estas sombras nocturnas la hace sentir segura. Llega a la entrada de Babilonia. Hace una corta fila para entrar a la disco. Mientras avanza le envía un mensaje de texto a Alina acompañado del icono de una carita feliz. El guardia de seguridad la saluda y la invita a entrar. Las chicas no pagan entrada esta noche pero ella deja siempre una buena propina.

Adentro la cosa está medio muerta. Hay muy poca gente para un lugar tan grande.

Una que otra pareja en la pista, un grupo de muchachos con ínfulas de estrellas de cine en una de las mesas, uno que otro solitario en la barra esperando levantar algo esta noche.

Decide sentarse en la barra. Le pide un whiskey doble al barman.

Puede ver en el extremo opuesto de la barra a una figura que desentona con el lugar, un hombre con un pullover negro bebiendo una cerveza, con el capuchón sobre la cabeza y la vista clavada en la botella.

No puede verle el rostro pero juraría que la observa de su esquina. Lo que si logra ver es una cruz verde que pende de su cuello, tal vez en esmeralda, un crucifijo que brilla ante el reflejo de las luces estroboscópicas de la discoteca.

Es una figura inquietante, no le da buena espina.

Bebe su whiskey y llama de nuevo al barman. Le pregunta si conoce al hombre el pullover.

— *¿A quién?*

— *Al tío raro allá en el fondo.*

No termina la frase. Nota que el hombre ya no está ahí.

— *Aquí no hay nadie* — responde el Barman levantando los hombros.

Tal vez tanta noticia la ha puesto un poco paranoica.

Pide otro trago.

Este lo bebe de un sorbo.

Debe ir al baño. Si no lo hace se orina en la silla.

Camina bailando hacia el fondo del club. Pasa frente la puerta del baño de hombres y ve salir al hombre el pullover. Cristina se paraliza. La oscura figura la roza al salir del baño. El reflejo del crucifijo esmeralda la encandila un poco. Sus pulsaciones se aceleran, la energía emanada por esa figura es demasiado pesada. Se recuesta contra la pared para tomar un poco de aire. Desde allí observa al hombre alejarse hasta perderse en la oscuridad.

Tras un par de minutos se repone. Ingresa al baño. Dos chicas aspiran cocaína frente al espejo. Entra a una de las cabinas y relaja su esfínter. Una pequeña roca cae al sanitario. Toma otra piedrilla de su bolso y se la traga.

Lo hace también en los momentos de angustia.

Piensa que es el momento de irse. “Mucho cuidado con los cocodrilos, andan despacio y nunca los ves” retumba en su cerebro.

Sale del baño. Las dos chicas siguen allí, tienen las pupilas dilatadas y gesticulan demasiado al conversar.

Se lava las manos y sale del club.

Afuera no hay nadie y la lluvia cae a cántaros.

Camina rápidamente. Mira de vez en cuando hacia atrás. No lo ve, pero sabe que el tipo el pullover está acechando.

“...andan despacio y nunca los ves....”

Se acerca a su auto, puede escuchar los pasos tras de ella, puede sentir su respiración en la nuca.

Es consciente de que tal vez tenga algún trastorno mental pero eso no se lo está inventando, no es un juego de su mente, no es paranoia.

Sus problemas mentales son de otro tipo.

LITOFAGIA, comer piedras ... es lo mismo que hacen los cocodrilos. Abres el estómago de estos reptiles y encuentras las rocas más pesadas que puedas imaginar.

No es un trastorno alimenticio.

Es una técnica de caza.

Lo hacen para poder ganar peso, sumergirse y acechar a sus presas desde el fondo del agua.

Luego vomitan las piedras para subir de nuevo a la superficie, tomar a sus víctimas por sorpresa y destrozarlas con sus colmillos.

Cristina está cerca de su auto.

Antes de abrir la puerta ve a través de su espejo retrovisor la figura del hombre el pullover, quien trae un cuchillo entre sus manos y se acerca a toda velocidad.

Esa imagen no la paraliza, no la altera. Por el contrario, la tranquiliza. Porque es una imagen que cambia segundo a segundo, una imagen en la que aparece detrás del hombre del pullover la figura de un ser enorme con traje de obrero y botas pesadas.

También con un bate de béisbol.

Los cocodrilos comen piedras y cazan en manada.

Cristina observa una serie de objetos dispuestos sobre la mesa, justo al lado de la pecera en la que nada un pez Beta color azul. Hay una navaja suiza, un anillo en forma de calavera y un encendedor de oro.

También hay un crucifijo de esmeralda.

Cada uno de estos objetos es el recuerdo de un momento especial.

De una experiencia única.

Cara y sello

Cara

Camino del lado derecho de un callejón plagado de grafitis. Al fondo hay un tipo enorme orinando sobre el muro. Termina, cierra su cremallera y camina en dirección contraria a la mía. Es enorme y lleva lentes oscuros. Aunque está lejos, algo en él me resulta familiar.

Accidente es el resultado de una decisión estúpida. Es una de las frases escritas con tinta verde.

Camina del lado izquierdo del callejón. De su lado izquierdo.

No noto ninguna intención de hacerse a un lado así que tomo la iniciativa y cambio de costado.

Hace lo mismo.

Algunas veces sabes que algo está a punto de pasar. Unos lo llaman corazonada, otros intuición, otros sexto sentido.

Me detengo por acto reflejo. Dos cosas se pasan por mi cabeza en un milisegundo. Cambiar nuevamente de lado o dar media vuelta y salir corriendo.

Hago lo primero. Regreso a mi lado derecho y apuro el paso.

Hace lo mismo. Cambia de costado pero no apura el paso. Sabe que me intimida y quiere prolongar esa sensación de poder.

A medida que se acerca se refuerza esa certeza de haberlo visto en alguna parte.

Repito la maniobra y cambio de lado una vez más.

Hace lo mismo.

Esta vez son miles de cosas las que se pasan por mi mente pero la única en la que no pienso es la que toma el control de mi cuerpo. La de quedarme inmóvil, petrificado.

Sus pasos se escuchan cada vez más cerca. Cada uno de ellos le imprime más velocidad a mi ritmo cardíaco.

Saca un puñal de su chaqueta antes de detenerse frente a mí.

Le digo que la violencia no es necesaria y le entrego mi cartera.

La toma y la lanza contra la pared.

Se quita sus lentes polarizados.

Al ver sus ojos lo reconozco. Lo vi una sola vez. Entonces era solo un niño que corría detrás de una pelota de letras a través de una calle tan estrecha como este callejón.

Lo vi a través del parabrisas, apareció de en medio de la nada como un fantasma.

Por poco lo atropello pero siempre he tenido buenos reflejos. Giré el volante y logré esquivarlo.

Veinte años después se aparece de nuevo en mi camino. De en medio de la nada, como un fantasma.

Sello

Orino sobre el muro de un callejón plagado de grafitis. Al fondo viene aquel malnacido caminando en dirección contraria a la mía, cumpliendo con su aburrida rutina, haciendo todo a la misma hora y en los mismos lugares.

Nada que se mueva es inocente. Es una de las frases escritas con tinta roja.

Camina del lado derecho del callejón. De su lado derecho.

No tengo ninguna intención de hacerme a un lado así que espero a que cambie de costado.

Lo hace. Está cagado del miedo.

Algunas veces sabes que algo está a punto de pasar. Unos lo llaman corazonada, otros intuición, otros sexto sentido.

Otros revancha.

Se detiene durante un instante antes de cambiar nuevamente de lado.

Otros lo llaman instinto de conservación.

El suyo no parece funcionar bien. Tuvo la opción de dar media vuelta y salir corriendo. Hubiera sido la decisión más inteligente.

Regreso a mi lado izquierdo y disminuyo el paso. Llevo mucho tiempo pensando en este momento y quiero disfrutarlo. No hay prisa.

A medida que se acerca puedo ver en sus gestos los de alguien a quien se le empieza a activar algo en la memoria. Sabe que ya me ha visto en alguna parte.

Repite la maniobra y cambio de lado una vez más.

Se queda inmóvil, petrificado.

Mis pasos son lo único que se escucha en este callejón aunque imagino el sonido de sus pulsaciones.

Saco el puñal de mi chaqueta antes de detenerme frente a él.

Me dice que la violencia no es necesaria y me entrega su cartera.

La tomo y la lanzo contra la pared. Su optimismo es de admirar, pero no soy un ladrón, no cuenta con tanta suerte.

Me quito mis lentes polarizados.

Su expresión lo delata, me reconoce.

Me vio una sola vez, entonces yo era solo un niño que corría detrás de una pelota de letras a través de una calle tan estrecha como este callejón.

Vi a mi madre volar por encima de su auto antes de golpear el pavimento con su cabeza, volar por encima de aquel auto que se apareció de en medio de la nada como un fantasma.

Impacto 40J

Estoy en la barra de un bar perdido en medio de un recóndito suburbio de una ciudad que no aparece en los mapas escolares.

Seis pantallas de televisión disparan una serie

de imágenes que se incrustan en los ladrillos de mi cerebro. Los Bravos de Atlanta contra los Rojos de Cincinnati, un programa de concurso al estilo del Telematch alemán, un debate acalorado tras un juego de la National Football League, un juego de la Conferencia Este de la NBA y las semifinales del Abierto de los Estados Unidos.

Todas al mismo tiempo, sin dejar espacio para procesar la información.

Mi cerebro es un caldo de neuronas ebulviendo con furia. Necesito una cerveza helada para evitar la explosión.

En este momento soy un suicida en potencia. Podría tomar la copa del animal que está sentado a mi lado y rompérsela en la cabeza, sin importarme el tamaño de su brazo deforme plagado de esteroides por dentro y de tatuajes de cruces esvásticas por fuera.

Estoy fuera de control y necesito de tu ayuda.

Sé que me recomendarías pedir la maldita cerveza en este preciso momento. Lo que no sabes es que eso no serviría de nada. Ya ni con drogas, ni con alcohol, ya no consigo ninguna reacción.

Igual le pido a la bartender una botella de Tres Tabernas, la única cerveza local que no me alborota el reflujo.

Pongo la botella helada sobre mi frente.

El intercambio de calor es instantáneo. Una furiosa masa de vapor abandona mi cabeza y se mezcla con el humo que desprende el tabaco de la bestia que tengo al lado.

Porta una chaqueta de cuero adornada con insignias de la SS.

Bebo un trago y una sensación de alivio me invade.

Tal vez tenías razón, un trago helado era todo lo que necesitaba para bajarme la malparidez, para mandar mis problemas al bote de la basura.

Pero eres más listo de lo que aparentas. Sabes muy bien que no por barrer el polvo y meterlo debajo de la alfombra vas a dejar de estornudar.

La bestia humana termina su trago y dice en voz alta que huele a mierda.

Solo nos separa una silla vacía, así que puedes deducir que se está refiriendo a mí.

No digo nada, la cerveza ha surtido efecto y no vale la pena hacerse masacrar por un neonazi sin cerebro.

Le pido la cuenta a la bartender y el animal lo toma como un acto de cobardía.

— *Huele a mierda de gallina desplumada* — dice subiendo el volumen de su voz para asegurarse de que lo escucha todo el maldito bar.

Ya lo sabes, cuando los tiburones huelen el miedo, estás a punto de visitar el paraíso.

Es el aroma que excita su instinto asesino.

Dejo un par de billetes sobre la barra y le hago una seña a la bartender para que se acerque de nuevo.

Le pregunto a la chica si cree que huele a mierda de gallina o más bien a cadáver en descomposición.

Lo digo lo suficientemente fuerte como para que el gorila lo escuche a la perfección.

Los ojos de la chica buscan la cara enrojecida del cabeza rapada.

Los míos hacen lo mismo y se encuentran con el rostro del mal.

En momentos como estos la velocidad de respuesta es fundamental. Un segundo puede ser suficiente para que seas quien cuente el cuento o quien huela a muerto.

Y el tiempo está de mi lado. El animal no se esperaba mi reacción y ha quedado desconcertado.

Saca un puñal de su bota tumbamuros pero es demasiado tarde. La botella de Tres Tabernas ya se está empotrando sobre su sien. Sus ojos se ponen blancos y comienza a convulsionar.

Alguna vez leí que las botellas se rompen a una energía de impacto de 40 julios, lo suficiente para sobrepasar el umbral de fractura mínimo del neurocráneo humano.

Supongo que sabes lo que eso significa.

Acomodo la botella de nuevo sobre la barra.

El neonazi sigue temblando como gelatina.

Pierde el control de sus esfínteres. Un reguero se orines y excrementos líquidos se esparce alrededor de su figura.

Abro mis fosas nasales lo más que puedo y aspiro una bocanada de aire.

La sostengo un rato en mis pulmones antes de resoplar con fuerza y salir de este lugar.

Mientras lo hago pienso que este sujeto tenía toda la razón.

Huele a mierda.

A mierda de gallina.

Una pequeña situación

Habermelo mirado de aquella manera fue la peor decisión de su vida.

De hecho, fue la última.

Hice lo que tenía que hacer y salí de ese maldito infierno en medio de tímidas miradas y un silencio sepulcral.

Posé mis botas de piel de serpiente en esa cueva de ratas. No era demasiado tarde pero la mitad del Cactus ya estaba borracho. En un pueblo de cuarta la diversión se reduce a emborracharse en su cantina de cuarta.

El bullicio se fue convirtiendo en silencio a medida que mis botas avanzaban sobre sangre reseca de pistoleros sin fortuna. Al acercarme a la barra lo único que se lograba escuchar era el taconeo de las botas que le quité al cadáver del Sheriff de Manzano. Un pequeño souvenir, de esos que infunden respeto, un símbolo de poder.

Sobre mí se han contado mil historias, te diría que la mitad de ellas son ciertas pero la otra mitad ... la otra mitad ... vaya, sí que se han quedado cortos.

El cantinero se quería orinar ante mi presencia. Le temblaban las pelotas cuando me quedé mirando una a una cada botella de tequila dispuesta sobre la barra.

Me gusta tomarme mi tiempo, había elegido el trago desde antes de bajarme de mi caballo pero en eso consiste el juego, en destemplan las cuerdas.

Señalé la botella de Blasfemia. Es un tequila de muerte y además lleva el nombre de mi purasangre.

La destapó y quiso servirme una copa pero le arrebaté la botella. Odio las copas, odio los intermediarios. Los hombres bebemos directamente de la botella.

La loba de Katherine se bajó de las piernas del carnicero. Me guiñó el ojo y me lanzó un beso. Ignoré su bienvenida. Besos con olor a carne cruda no eran el motivo de mi visita.

Tomé la botella y me dirigí al sitio donde se celebraría una corta reunión. Una hilera de vidrios rotos, sangre seca y casquillos de bala me condujo a mi mesa. Acomodé mi Blasfemia frente a la única silla vacía y les hice compañía.

Los cuatro se llevaron la mano al ala del sombrero a manera de saludo. Yo respondí bebiendo un sorbo de 45 grados de alcohol.

Guardaron silencio, esperaban a que alguien tomara la palabra.

Ese alguien siempre soy yo. Mis chicos saben que modular antes que yo puede costarles la lengua.

Por eso me tomé mi tiempo, es la manera en que los pongo nerviosos, en la que despierto sus tics, en la que tensiono sus músculos.

Destemplan las cuerdas, en eso consiste el juego.

El sheriff observaba desde su lugar. Sabía que era un asunto en el que no debía intervenir. Es un tipo que valora sus botas. Era una reunión de cinco ratas en la que solo cuatro se pararían de la mesa. Se le iba a ahorrar trabajo al encargado de impartir justicia en este pueblo del infierno.

Una rata menos sin mover un solo dedo.

Bebí otro trago. Repasé una a una sus miradas. Algunos la esquivaron, otros la sostuvieron, pero los cuatro respondieron con el color de sus mejillas a la pregunta que aún no les había formulado.

— *Bueno, al parecer tenemos una situación que resolver.*

Me gusta utilizar la palabra situación. Problema es una palabra que no intimida.

Así era como hablaba el texano que se ocupó de mí luego de que mi madre decidiera cruzar la frontera.

"Parece que tenemos una pequeña situación aquí", era lo que me decía cada vez que la hacienda se inundaba con su aliento a whiskey.

Pronunciaba esa frase con lentitud mientras se quitaba su correa de cuero italiano antes de dejarme estampadas las marcas de la hebilla a lo largo y ancho de mi espalda.

— *Su turno, los escucho.*

El silencio no se rompió, ninguno quiso tomar la iniciativa.

Puse la botella sobre las cartas de Otis. Entendió el mensaje, bebió un sorbo y vomitó ocho palabras.

— *Te juro que no tuve nada que ver.*

Tal vez sí, tal vez no, pensé ¿cómo saberlo? No noté temblor en su voz ni culpa en su mirada.

Me detuve en el diente faltante de Otis, en la nariz torcida de Johny, en las cicatrices de Ringo.

Roté la botella por cada uno de los cuatro puestos. Cuatro sorbos enormes, cuatro respuestas calcadas.

— *No tengo velas en ese entierro*

— *A mí me puedes sacar de la baraja*

— *Yo no traiciono a mis amigos*

Solo Billy se notó algo nervioso pero eso no lo convertía en traidor. Es un chico vulnerable, algo tímido. Me gusta someterlo a este tipo de experiencias, es una de las maneras de hacerse fuerte, no siempre te das el lujo de tener a la muerte enfrente tuyo ofreciéndote tequila.

— *Por lo visto ninguno estuvo olfateando en el trasero equivocado.*

Rostros brillantes y sudorosos se miraron unos a otros, levantaron los hombros, pusieron cara de estúpidos.

— *Pues yo veo un poco de caca en una de estas narices.*

Bebí otro sorbo.

Me levanté de la silla, metí mi mano en el bolsillo y saqué un paquete de cigarrillos. Lo lancé sobre la mesa.

Solo alguien tan descuidado como el idiota de Johnny pudo haber olvidado la cajetilla. Billy no fumaba. Otis y Ringo usaban pipa.

Supe de "Johnny 18" cuando aún lo llamaban "Johnny siete". Se ganó su apodo después de haber mandado a dormir a los siete animales que custodiaban la joyería de Ed Bailey. Fue cambiando de nombre a medida que sus víctimas iban aumentando. "Johnny nueve" tras la riña en el Cactus, "Johnny catorce" tras el asalto al tren, "Johnny dieciocho" luego de un par de trabajitos que le encargué.

Era un tipo eficiente, lástima que no alcanzará a llamarse "Johnny 19".

Miró el paquete de cigarrillos con un gesto de vergüenza, de miedo.

Luego dirigió su mirada hacia mi rostro buscando algo de perdón.

La verdad yo andaba demasiado ocupado buscando un objeto afilado que guardaba entre mis botas.

Reservo mi cuchillo para acabar con las alimañas. Así lo hice con el texano después de que se nos presentó una pequeña situación y así lo he venido haciendo cada vez que una rata se interpone en mi camino.

No utilizas tu pistola para matar a las ratas, debes hacerlo a la manera apache.

Murió como un maldito indio, con un cuchillo clavado en el corazón. Los blancos nos vamos de viaje con una bala en la cabeza, las sabandijas lo hacen a la manera del carnicero.

Salí del Cactus. Le di un beso a Blasfemia antes de montarlo. A medida que nos perdíamos en la oscuridad en dirección a la próxima estación escuchábamos como la música invadía de nuevo la cantina del infierno.

Examen

Alzó la mano, pidió permiso para ir al baño, se levantó del pupitre y abandonó el aula de clase.

Volvió con un fusil automático y una granada en cada bolsillo.

Miró a Sara.

La chica le devolvió la mirada arqueando la comisura de sus labios.

Dios cabalgando tortugas

Extracto del periódico matutino:

“Empleada del Hospital Notre Dame sufre salvaje ataque por parte de un paciente inestable”

Llevo tres horas esperando en la sala del hospital. El hecho de que mi rodilla tenga el tamaño de un balón de fútbol no parece ser motivo suficiente para que me atiendan de urgencia. De cuando en cuando siento como si un destornillador se clavara en la rodilla. Es un dolor que va y viene, parecido al que te tortura cuando te duele una muela.

A mi lado hay un pordiosero que huele a orines de conejo y dice cosas incomprensibles. Al fondo un muchacho pálido se lleva las manos a su estómago y se balancea en su silla como un autista, tratando de amaestrar su dolor.

Cada quince minutos aparece una ambulancia con un herido de mayor o menor gravedad que es atendido de forma inmediata, retrasando mi llamado y eternizando mi espera.

Leer o escribir son las armas perfectas para sobrevivir al tedio en un hospital.

Saco de mi mochila los diarios de Kurt Cobain y elijo una hoja al azar. “Una vez vi a Jesús sobre el caparazón de una tortuga”. No quiero leer el contexto del párrafo que contiene esta frase. Prefiero hacerme una paja mental y darle sentido a esa imagen. El salvador viniendo a tu encuentro sobre el lomo de una enorme y pesada tortuga. El hijo de D10S cabalgando un reptil que se mueve a una velocidad de 0.2 kilómetros por hora.

Esa era la visión del hombre del World Trade Center que prefirió lanzarse al vacío antes de ser carbonizado por las llamas que consumían la Torre Gemela en la que se encontraba.

Un Dios que te socorre cabalgando una tortuga nunca llegará a tiempo.

Pienso en Kurt, en dioses y en reptiles; cuando una voz robótica me saca de mi abstracción.

Mi nombre suena por el altoparlante.

Tal vez la tortuga se haya metido una raya de cocaína y ha acelerado el paso para llegar en el momento oportuno a tomarme del pelo y sacarme del infierno.

Camino con dificultad hacia el consultorio. Cada paso es una puñalada en mi rodilla.

A lo lejos veo una doctora que me señala el camino. Se ve difuminada, como se ven los oasis en medio del desierto infinito o el aire que vibra sobre el pavimento de las calles de Kuala Lumpur.

Todo sucede en cámara lenta, a una velocidad de cien fotogramas por segundo.

No hay sonido en este lugar que camufle los lamentos de sus pacientes. Es una sinfonía de sollozos, gritos y súplicas que invita a meterle un balazo en la cabeza a cada uno de sus emisores.

La paz sea con vosotros, hermanos.

Luego, el celestial sonido del silencio.

Por fin llego a mi destino. La doctora observa mi rodilla y dice que no se ve nada bien. Me doy cuenta de que me he ahorrado seis años de medicina. Llegué a la misma conclusión antes que ella sin haber asistido a un solo curso en la universidad.

Me dice que hay que tomarme una radiografía.

— *Siga las flechas azules, lo llevarán a la sala de Rayos X.*

He caminado más en este hospital en un solo día que en los últimos cinco meses.

Me tardo veinte minutos en llegar a la sala. Una mujer elefantiásica me toma los datos.

Le entrego la orden de radiografía y la mira al mejor estilo de Sherlock Holmes, tratando de encontrar cualquier cosa que esté fuera de lugar, buscándole la quinta pata al gato.

— *No dice a cuál rodilla hay que hacerle la radiografía*

— *Es la rodilla derecha—le respondo.*

— *Tiene que ser escrito por la doctora.*

— *Mire mis rodillas, una tiene el doble del tamaño de la otra*

— *Tiene que ser escrito por la doctora.*

— *Tome el teléfono y llámela!*

— *No se aceptan confirmaciones por teléfono.*

La vena de mi frente se infla de la rabia, se pone del tamaño de mi articulación.

Vuelvo por donde vine, cojeando, a paso de tortuga, a paso lento, pero no seguro.

Cada paso parece querer destrozar mi rodilla.

Treinta minutos después vuelvo con el bendito papel a la sala de rayos X.

Me toman la radiografía.

Regreso al consultorio. La doctora examina la lámina de celulosa y me dice que no hay fractura.

Luego saca una jeringa del tamaño de un cohete y entierra su aguja en mi rodilla.

Grito como una bruja ardiendo en las llamas de una hoguera de la Inquisición.

Me extrae un líquido amarillo digno de una película de zombies.

— *Líquido de inflamación — -me dice — por eso está tan hinchado. ¿sufre de gota? ¿recuerda algún golpe? ¿un mal movimiento?*

— *No. No. No*

Vuelve con otra jeringa. esta vez para inyectarme algo en lugar de extraérmelo. Hidrocortisona.

Me entrega unas muletas y un certificado de incapacidad.

Tomo el ascensor.

Subo al primer piso en busca de la salida del hospital.

Veo a una muchacha caminando con mucha dificultad, lleva un papel en la mano y sigue el camino señalado por unas flechas.

Sé a dónde va.

La sigo y veo que entra a la sala de rayos X.

— *Vengo a una radiografía de tobillo- dice la chica.*

La elefantiásica recepcionista le recibe el papel.

— *No dice a cuál tobillo hay que hacerle la radiografía*

— *Es el tobillo izquierdo*

— *Tiene que ser escrito por el médico.*

— *Mire mis tobillos, uno tiene el doble del tamaño del otro*

— *Tiene que ser escrito por el médico.*

— *Tome el teléfono y llámelo!*

— *No se aceptan confirmaciones por teléfono.*

La chica adquiere un color rojo, la vena de su frente se infla de la rabia, se pone del tamaño de su articulación.

La bruja de la recepción se ha convertido en una persona non-grata.

La declaro mi enemigo número uno.

En ese momento tengo una fantasía casi sexual.

Una operación del tipo Seek and Destroy, buscar al enemigo y destruirlo:

1. Un paciente inestable muele a palos con un par de muletas las costillas la recepcionista.

2. La víctima es enviada a revisión.

3. La doctora que la revisa le ordena una radiografía.

4. La gorda camina con dificultad a la sala de rayos X y su al alterego le dice

— *No dice a cuál costilla hay que hacerle la radiografía.*

Es una imagen orgásmica.

Y no hay que dejar los planes en la cabeza, hay que pasar a la acción. El slogan de Nike, *Just Do It* se instala en mi cerebro.

A la mañana siguiente me encuentro en un calabozo, con una sonrisa en mi rostro mientras leo el extracto del periódico:

“Empleada del Hospital Notre Dame sufre salvaje ataque por parte de un paciente inestable”

NIVEL DOS

Tengo un revolver cargado y le estoy apuntando a la cabeza de un desconocido.
Nunca he usado un arma pero volarle los sesos es la única salida que me queda.
De ello depende mi supervivencia.

Voy a apretar el gatillo, pero antes de hacerlo, te voy a explicar cómo terminé en medio de este enredo.

Tenemos que viajar a través del tiempo. Un año atrás para ser exactos.

Mayo 22, 2018.

Miro la pantalla de la máquina tragamonedas. Hace tres meses me quedé sin trabajo y todo lo que me queda lo tengo en el bolsillo.

Trescientos cincuenta dólares.

El sábado tenía mil, ayer quinientos y hoy tan solo tres billetes de cien y uno de cincuenta.

La suerte no me ha acompañado en este periodo en el que tanto la necesito.

El momento de hacer cálculos terminó.

No hay una gran diferencia entre tener lo que llevo en los bolsillos y no tener nada.

Está decidido, voy a meter los billetes que me quedan en esta máquina y que sea lo que Dios quiera.

Meto el billete de cincuenta por la ranura y selecciono el juego del “Reino de la selva”.

Tengo un buen presentimiento.

Me decido por la máxima apuesta. Tres dólares por partida.

La idea es sacar tantas figuras en forma de león como sea posible o pegarle al bono de 20 partidas gratuitas. Eso podría sacarme del agujero en el que me encuentro.

Los primeros siete ensayos no me generan ningún dividendo.

21 dólares tirados a la basura.

Los siguientes intentos me pagan menos de lo que le meto a la máquina. En menos de veinte minutos desaparecen los cincuenta dólares apostados.

Un hombre de barba blanca se sienta frente a la máquina ubicada a mi lado.

Mete un billete de 20 dólares y selecciona el mismo juego, el “Reino de la selva”.

Hace una apuesta conservadora, un dólar por spin. Oprime el botón de Play y al primer intento le pega al bono de partidas gratuitas. En menos de diez minutos ha pasado de tener 20 dólares a tener

400.

Maldigo mi suerte. Que una máquina se coma tu dinero y te deje tan vacío como el corazón de un adolescente despechado te deja un mal sabor de boca, pero que al mismo tiempo un desconocido se llene los bolsillos por arte de magia es para pegarse un tiro.

Una hora más tarde las cosas huelen peor. Tan sólo me quedan 15 dólares. Si los pierdo me quedo literalmente en blanco. Sin dinero para la renta, sin nada para comer.

Cinco spins más tarde el fatídico número cero aparece en la pantalla.

Cierro los ojos y me llevo las manos a la cabeza.

Me siento perdido, sin rumbo, sin dirección.

Le debo dinero a mis amigos y en mi familia no hay quien pueda echarme una mano. Mi autoestima se va al piso.

Me siento un perdedor, una basura.

Un grito del tipo de barba me saca de mi abstracción. Le ha vuelto a pegar al Bonus. Cero y ya van tres veces, ha ganado más de siete mil dólares. Está en racha, es cosa de locos.

Verlo eufórico termina de hundirme.

Tomo mi chaqueta, me levanto de la silla y abandono mi lugar.

Escucho el click del cash out de la máquina del barbado.

Es el sonido del dinero, música para los oídos.

— *Venga amigo, lo invito a un trago*

Volteo la cabeza. Es a mí a quien le habla.

— *Venga, lo necesita* — me dice

Un trago no me sentaría mal y creo que tiene razón, nunca antes lo había necesitado tanto.

Vamos al bar. El hombre cambia el tiquete de la máquina por sus siete mil dólares. Le da un billete de 100 a la bartender y le pide dos whiskeys dobles.

— *Sé lo que sientes. Ya he pasado por eso. Esto es una montaña rusa. A veces estás arriba y a veces estás en lo más bajo pero siempre vuelves a subir. Es cuestión de tener un poco de paciencia.*

Lo escucho mientras bebo la copa de whiskey.

Cuando has ganado es muy fácil hablar de esta forma, todo es color de rosa.

Yo no veo cómo voy a poder levantarme de un golpe como este.

— *Amigo, voy a hacerle una confidencia. Yo juego por pura diversión, no necesito un golpe de suerte, tengo dinero de sobra, esto lo hago nada más que para pasar el tiempo.*

— *Bueno, tal parece que en su caso no aplica eso de que Dios le da pan a quien no tiene*

dientes. Usted tiene una dentadura perfecta.

— Puede ser, el dinero llama al dinero. Puedo ayudarle. Voy a prestarle 10 mil dólares. Lo suficiente para pagar unos seis meses de renta y comer decentemente. En ese tiempo podrá buscar un nuevo trabajo. Luego, podrá ahorrar para traerme el dinero de vuelta, sin intereses.

— ¿Está bromeando? No puede estar hablando en serio. ¿Acaba de conocerme y me va a entregar una suma de esa naturaleza? ¿sin intereses?

— No es broma, pero le advierto- me dice mientras mete los billetes en un sobre de manila- Tiene que pagarme. Nos vemos en un año, aquí mismo, misma fecha y misma hora.

Me entrega el sobre y se despide. Lo veo atravesar una puerta ubicada al fondo del bar debajo de una señal de neón: Nivel 2.

Así terminó aquella noche en uno de los casinos del centro de la ciudad.

Ahora te voy a contar lo que pasó en el año siguiente.

Ya te lo puedes imaginar.

Conseguí un trabajo en el que me pagaban más de lo que llegué a soñar.

Empecé a ahorrar, me compré un auto y conocí a una chica.

Todo iba viento en popa hasta que algo empezó a sucederme.

Sentí lo que invade a los asesinos en serie, los alcohólicos, las ninfómanas y cualquier otro adicto. Una urgencia. Unas ganas imposibles de contener.

Fui al cajero electrónico y saqué 100 dólares. De ahí me dirigí a un casino al que nunca había ido y me senté al frente del demonio tragamonedas. Me juré que pasara lo que pasara, ganara o perdiera, iba a apostar solo 100 dólares y nada más.

Esa noche perdí 500 dólares.

La semana siguiente fueron dos mil.

A la tercera semana ya estaba jugándome los ahorros.

Amanecía en el casino y llegaba tarde al trabajo.

No solo perdía dinero, también la noción del tiempo.

Semanas más tarde se vino un carrusel de malas noticias: vendí mi auto, me echaron del trabajo y perdí a mi chica.

Quedé en la ruina y faltaban pocos días para cumplir una cita que me habían fijado un año atrás.

Mayo 22, 2019.

Dicen que quien no arriesga un huevo no gana una gallina. Tal vez sea cierto, pero a veces es mejor tener unos cuantos huevos para el desayuno que aguantar hambre durante todo el día.

Pienso en eso mientras entro con los bolsillos vacíos al casino del viejo barbado.

Me siento en la barra del bar y le pido a la bartender una cerveza.

Le pago con las últimas monedas que me quedan.

No me alcanza ni para dejarle una propina.

Le pregunto por el hombre de la barba.

La chica me responde de forma cortante, me dice que no tiene ni idea, que ella no es su secretaria.

Después de dos tragos de cerveza veo abrirse la puerta del Nivel Dos.

El viejo se asoma, me sonrío y me hace una seña para que vaya a su encuentro.

Me levanto de la silla con una sensación de incomodidad.

No tengo claro como decirle que no traigo su dinero.

Camino hacia la puerta, la atravieso y entro a una oficina del tamaño de una cancha de baloncesto.

En medio de la sala hay una mesa pequeña y dos sillas.

Al fondo, un enorme escritorio desde el cual el viejo me dice que lo acompañe.

Dos animales del tamaño de Mike Tyson lo escoltan a lado y lado. Me miran con cara de pocos amigos.

El viejo me invita a sentarme y destapa una botella de whisky.

— *No tengo el dinero* — le digo

— *Ya lo sé* — me responde mientras me entrega una copa — *pero le dije que me iba a pagar.*

— *La verdad no veo como vaya a poder hacerlo.*

— *Es fácil, yo le voy a dar el dinero.*

Veo atónito como me entrega un sobre de manila que saca del cajón de su escritorio.

— *Diez mil dólares. Ahora tiene con que pagarme.*

— *No entiendo nada.*

— *Este es un pago por adelantado.*

— *¿Pago por adelantado?*

— *No sea impaciente, ya falta poco.*

El viejo mira su reloj de pulsera y esboza una sonrisa al escuchar el ring del teléfono.

Cuelga y camina hacia la puerta.

Se asoma, sonrío y le hace una seña a alguien para que venga a su encuentro.

Un hombre con aire avergonzado le dice que no trae su dinero.

El viejo le pide que se siente, justo a mi lado. Destapa de nuevo la botella de whisky y repite el procedimiento.

Le ofrece una copa, abre su cajón y le entrega un sobre de manila con una cantidad de dinero

equivalente a la suma que el hombre debía pagar esta noche.

— *Ha llegado el momento. Acompáñenme por favor.*

Uno de los gorilas me toma del brazo y me dirige a la pequeña mesa situada en medio de la oficina.

Su colega hace lo mismo con el otro sujeto.

Estoy sentado frente a frente con un desconocido y esto no me está gustando nada.

El lente de una cámara de 16 milímetros apunta directo a nosotros.

El viejo se ubica detrás de ella y la pone a rodar antes de regresar a su escritorio y sacar un revólver del mismo cajón del que había sacado los sobres con el dinero.

— *Es un revólver ruso Nagant M1895* — nos dice mientras mete una bala en el tambor de su arma.

Nos cuenta la historia de los oficiales que jugaban a la ruleta rusa en la época zarista. Nos dice que usaban este tipo de revólver para volarse los sesos en un juego suicida. Nos habla también del tambor de este tipo de arma, uno que gira en sentido horario y que utiliza siete cartuchos en lugar de seis.

Luego nos dice que nosotros no somos tan diferentes a él.

Que él tiene también muchas deudas y que la forma de pagarlas es vendiendo rollos de películas.

Que no nos alcanzamos a imaginar el dinero que le pagan por estas películas caseras.

Y que hoy es día de pago.

Termina su intervención y coloca el revólver sobre la mesa.

Lo pone a girar como una de esas botellas que daban vueltas alrededor del grupo de adolescentes cargados de hormonas hasta detenerse y apuntar con su pico al elegido, ese que debía escoger a quien darle un beso.

El cañón del revólver señala al hombre que tengo al frente.

Lo toma temblando y se apunta a la cabeza.

El viejo lo detiene antes de que se dispare. Nos dice que esta ruleta es diferente, que en lugar de dispararnos a nosotros mismos, debemos apuntarle a nuestro competidor. Nos explica que el ganador recibirá como premio los dos sobres de manila.

Uno de ellos lo debe utilizar para pagar su deuda.

El otro se lo puede llevar como recuerdo de una noche inolvidable.

El hombre me apunta.

Tiembla como gelatina.

Yo también lo hago.

Transpiro a chorros por cada poro, respiro con dificultad.

Cierro los ojos y escucho el click del gatillo. Todo sigue igual pero no siento ningún alivio. Mi corazón se quiere salir, veo todo nublado.

Ahora es mi turno.

Tengo un revolver cargado y le estoy apuntando a la cabeza de un desconocido.

Nunca he usado un arma, pero volarle los sesos es la única salida que me queda.

De ello depende mi supervivencia.

SALMO 91.5

Provengo de una ciudad sangrienta, soy acrofóbico y pretendo escribir. La suerte me acompaña y eso me asusta. He visto caer diez mil a mi izquierda como muñecos de porcelana impactados por una bola de acero, como jovencitas en éxtasis ante la aparición del galán de turno. He visto caer mil a la derecha como árboles milenarios cercenados por miradas clandestinas.

Sigo en pie, caminando entre fieras que destilan amargura, cubierto por la sangre de Cristo, blindado contra las sombras

La tengo a ella y no la merezco, pero en mi caso la justicia no aplica. El destino me ha puesto del lado blando y me aterra imaginar que algún día se ensañara conmigo en la misma medida pues alguien tendría que recoger mis pedazos.

Temo convertirme en la última ficha de dominó, la que espera su caída mientras ve derrumbarse una hilera de indefensas réplicas.

Me espanta estar en el lugar equivocado, convertirme en una marioneta de cristal atravesada en el camino de la esfera de acero.

Me he adentrado en la oscuridad, pero un chico hermoso con alas rotas y aureola oxidada enciende siempre su antorcha en el momento justo.

Tiemblo al imaginar que este ángel se tome unas vacaciones o que su antorcha se moje cuando prime lo negro.

Un recuerdo más que pasajero me saluda. Ruedo de espaldas a lo largo de una infinita sucesión de afilados escalones. Mi chica contempla petrificada lo que estadísticamente termina convertido en la extensión pensante de una silla de ruedas.

La primera vuelta me lleva de regreso al vientre de mi madre. Compruebo aquello de "las regresiones" sin soltarle un peso a los charlatanes que visten de frac.

Sigo rodando y sigo creciendo. Salgo de su tibio estómago y me hago hombre, me caso con la mujer que mira aterrada el incesante rebotar de su esposo.

Sucede en un instante.

El más largo y aterrador de ellos.

Termino contra la pared y me levanto como un resorte. Quiero borrarle de un beso ese gesto de angustia que se ha posado sobre su rostro. No se lo merece y en su caso la justicia si aplica. Me

ahorca el alma con la fuerza de su abrazo y me moja el pecho con sus ojos rojos.

Mi cuello está algo maltrecho, pero le miento, le hago saber que todo está bien, que tan solo fue uno de esos malos sueños que de vez en cuando se aparecen para sacudirnos del letargo.

Salimos.

Una tormenta de nieve respira con furia. Es un paseo hermoso. Miro hacia el cielo. Imagino que entre ese manto blanco alguien se esconde y me guiña el ojo.

Puñalada

Es difícil imaginar que una hora antes de que Erwin me propine una puñalada en el pulmón izquierdo nos estamos tomando una jarra de Corona en la Station des Sports, un bar deportivo del centro de Montreal que está casi vacío a causa de la tormenta de nieve que azota la ciudad desde el mediodía.

Nos encontramos para ver un partido de fútbol entre las selecciones de Colombia y Brasil por las eliminatorias del mundial de Qatar 2022. Es solo un pretexto para reencontrarnos, ponernos al tanto de los chismes más recientes y hablar un poco de mierda.

Mientras empieza el partido, el canal de tv nos bombardea con comerciales de cerveza local y algunos boletines noticiosos. En uno de ellos se repite la noticia de la victoria del Partido Liberal y el discurso progresista de su Primer Ministro Justin Trudeau, un líder carismático con ideas de apertura y multiculturalismo que hace cuatro años ganó por mayoría absoluta. El novio de América lo ha vuelto a hacer, pero su segundo mandato será de carácter minoritario.

— *En cuatro años pasó de ser un príncipe azul a un político de carne y hueso* — dice mi amigo.

— *El fin de la Trudeaumanía* — contesto chocando mi vaso de cerveza contra el suyo.

Erwin me pregunta si alguna vez he pensado regresar a mi país. Le digo que a pasar vacaciones seguro que sí, pero que regresar del todo no se me pasa por la cabeza. ¿Para qué irte de un país en el que la pérdida de un gato de raza es la noticia que sale en la primera plana del periódico? Es claro que nadie está exento del factor suerte. Se nos viene a la mente el caso del inmigrante sirio que sobrevivió a un bombardeo en Damasco para morir en una calle de Montreal tras ser aplastado por un aire acondicionado que se desprendió de la ventana de un quinto piso.

La vida es una serie de eventos, a veces afortunados, a veces trágicos. Pero es claro que lo del pobre sirio es un caso aislado. No es la norma.

Erwin me dice que va por la misma línea, que la idea es terminar de echar raíces en esta tierra.

Empieza el partido y el tema de conversación cambia a lo futbolístico. Debate tras debate a medida que rueda el balón, que el portero de Colombia es un hueco, que no, que un portero; que Neymar es un payaso, que no, que un megacrack; que esto sí, que esto no, y así entre cerveza y cerveza hasta que un cobro de tiro libre de James Rodríguez se clava en el ángulo de la portería brasilera y nos saca el grito de gol que teníamos atrancados desde el pitazo inicial.

Nuestra alegría se va al bote de basura en el preciso instante en el que un gorila de 2 metros de alto y unos 200 kg de peso abre la puerta del bar, dejando entrar un ventarrón frío y ruidoso que se mete por nuestros huesos.

Cuando has vivido más de treinta años en Medellín desarrollas la habilidad de oler el peligro. La mirada de Erwin reafirma mi convencimiento de que algo huele mal.

En una noche de tormenta de nieve, la gente normal se encuentra en casa viendo una película de Netflix al calor de una botella de vino y las ondas térmicas de una chimenea.

Pero ni Erwin ni yo somos personas normales. Y aparentemente el clon de Hulk tampoco lo es.

El bar está semivacío pero el gorila en cuestión decide sentarse a mi lado. Erwin me mira de reojo, olemos problemas.

El hombre pide una cerveza extrafuerte. Le hace entender al barman (señalando a nuestra jarra) que no se le ocurra servirle bebidas para señoritas. También ordena que cambien el partido de fútbol por uno de hockey.

El barman le indica que hay otras pantallas en el bar, pero el tipo dice que esta es su pantalla favorita.

En ese instante la mesera nos trae la comida que habíamos ordenado treinta minutos atrás. Dos platos cargados con un bistec de búfalo y papas fritas. Tratamos de actuar con normalidad y proseguimos con nuestra conversación.

Al tipo no le hace gracia que hablemos en español. Estamos en Freaking Quebec, aquí se habla freaking french. Destila un olor a alcohol fermentado cada vez que abre la boca.

Le digo en francés que decir “Freaking french” en inglés es una incoherencia a la hora de defender su lengua natal.

También le pregunto si es capaz de hablar otro idioma.

Me responde recogiendo las mangas de su pullover que domina el idioma de los puños.

El barman nota la tensión en el ambiente y le hace una seña al de seguridad, un ser enorme con aspecto de matón italiano que supera en estatura y musculatura al buscapleitos que nos trajo el niño Dios.

— *¿Todo bien por acá?* — pregunta nuestro ángel de la guarda.

El tipo responde, antes de beberse su cerveza de un solo trago, que "por ahora todo está bien".

El de seguridad lo invita a cambiarse de lugar. La invitación no es bien recibida y dice que él se puede sentar donde le plazca, que este es un “Free freaking country”.

Erwin interviene y propone que seamos nosotros los que cambiemos de lugar, a otra mesa donde podamos seguir viendo el partido.

Nos cambiamos de sitio.

El administrador del bar nos dice que la cena va por cuenta de la casa.

Le digo a mi amigo que lo mejor es que nos vayamos después de comer.

Erwin dice que lo más inteligente es que nos vayamos de una vez.

No comemos. Obedecemos a nuestro instinto de conservación y abandonamos el bar.

Al fondo vemos al sujeto bebiendo directamente de su jarra mientras nos observa con los ojos llenos de odio.

Salimos en medio de la tormenta.

Un ventarrón violento nos hace retroceder dos pasos mientras avanzamos tres.

La nieve nos llega a las rodillas.

Logramos llegar a paso de tortuga al bar más cercano. También está vacío. Nos ubicamos en la barra y ordenamos algo de comer, lo mismo que queríamos cenar en el otro bar, bistec de búfalo y papas fritas.

No tarda mucho en llegar el pedido. El mesero nos trae la comida. Nos entrega los utensilios envueltos en una servilleta. Erwin se ríe al ver el tamaño y el filo de los cuchillos. Dice que no tienen nada que envidiarle a los Ginsu 2000, los famosos cuchillos japoneses que inundaban los comerciales de televisión en la década de los noventa.

Nos reímos al recordar aquella época.

Bueno, no por mucho tiempo.

La risa se convierte en angustia al repetir la escena que habíamos experimentado minutos atrás.

Sentimos un el aire frío que viene del exterior.

Miramos a la puerta del bar.

Ya sabes quién acaba de entrar.

Ya sabes quién viene a sentarse a mi lado.

Me gané la lotería sin comprarla.

Veo que Erwin se mete el cuchillo dentro del bolsillo de su chaqueta

El tipo viene a mi encuentro y eructa en mi cara.

— *Easy man, This is disgusting.* — le digo al sujeto cayendo en su provocación.

Tomo mi cerveza y se la echo encima.

El tipo me toma del cuello y me lleva colgando hacia la pared.

Mis pies están en el aire, pataleando.

Me falta la respiración.

Veo la figura de Erwin cada vez más borrosa acercándose con un Ginsu 2000 en su mano temblorosa.

Veo en cámara lenta como le clava, con todas sus fuerzas, el puñal en la espalda.

Sus gafas quedan cubiertas por el chorro de sangre.

El sonido que emite el sujeto tras recibir el primer envión me hizo recordar el de los marranos en las fiestas decembrinas al ser acuchillados por el carnicero del pueblo en plena calle.

Una orgía de sangre.

La presión en mi cuello disminuye.

Una segunda puñalada.

Una tercera.

A medida que recibe las estocadas, su fuerza se desvanece.

La presión de sus dedos en mi garganta se hace cada vez más débil.

En una explosión de adrenalina, el gorila se da media vuelta, conmigo colgando de su puño como gallina a punto de ser degollada.

Al girar conmigo 180 grados quedo de espaldas a Erwin, quien sigue blandiendo su cuchillo como samurái enloquecido.

La cuarta puñalada se clava en mi pulmón izquierdo.

Erwin se detiene al sentirme gritar como Rosmery pariendo al mismo diablo.

Los de seguridad llegan.

Una patrulla de policía aparece después.

También una ambulancia.

En ella me meten con el sujeto que me quería matar.

Vamos en camillas separadas.

Ambos agujereados como colador de cocina.

Mi amigo me salvó la vida y al mismo tiempo me dejó sin pulmón.

Antes de que los paramédicos cierren la puerta de la ambulancia alcanzo a ver a la policía llevándose a Erwin.

Luego todo comienza a fundirse en negro.

Cientos de imágenes atraviesan mi cabeza.

En una de ellas me veo conduciendo un auto con un tanque de oxígeno bombeando aire a mis pulmones.

Me dirijo a la prisión estatal para visitar a mi amigo.

Al llegar me sonrío y me cuenta que no tiene compañero de celda, que según los reclusos, ese puesto está reservado para un tipo apuñalado que se está recuperando en la enfermería.

Cientos de imágenes atraviesan mi cabeza.

Todo se funde en negro.

PERRO NEGRO

Vaga por las calles envuelto en una nube de marihuana. Lo acompaña un rottweiler asesino y un escapulario que se aferra a su tobillo.

Su ropa es negra y algunos de sus pensamientos también lo son. Hace tres días que solo le quita el bozal a un animal hambriento para dejarlo aspirar unos cuantos gramos de cocaína.

El nervioso perro lo mira con desespero, sacude su cabeza con furia en un vano intento por desprenderse de su bozal. Su amo le sonrío, le dice en ese idioma que solo los ojos hablan, que pronto saciará su apetito.

La vieja de la lotería se cambia de calle al verlo acercarse. No es al perro a lo que le teme. Un bozal de cuero con barra metálica puede contener al mismo diablo. Toparse con un rostro desfigurado, en cambio, es algo para lo que solo se está preparado cuando se alquila una película gore.

El hombre de cabello largo se detiene. La mira con rabia mientras el animal zarandea irritado la cadena que lo apresa. Decide seguirla. El redoble de sus botas golpea con fuerza los oídos de una paralizada vieja.

No tarda en alcanzarla. Aminora el paso para ubicarse a su lado.

La vieja suda. Intenta acelerar pero el perro se atraviesa en su camino.

— *Tome, es todo lo que tengo, el día ha estado malo* — le dice angustiada estirándole unas monedas y mirando hacia el suelo.

— *Ya lo creo, las calles están desiertas, parece que pinta mal la cosa ¿no?* — le responde levantándole el mentón con una cicatrizada mano.

Presa del pánico deja caer las monedas al encontrarse con lo que queda de un rostro. Sus ojos se encharcan. Sus labios tiemblan.

— *¿Qué demonios es lo que quiere?* — pregunta en medio de sollozos.

— *El quince treinta y cuatro* — responde sonriendo.

La vieja busca temblorosa el billete. No lo encuentra.

— *Ya se vendió* - dice bañada en lágrimas

Una carcajada se retira con su perro en dirección al parque. Seis cuadras mas adelante llega a ese sitio en el que solía jugar con sus padres y su mascota.

Se sienta en la banca de siempre. Le quita el bozal a un ser que lleva la mirada encendida y el estómago vacío.

Contempla una chica que lee acostada sobre el césped. Se detiene en los niños que juegan con una pelota de plástico. Mira el anciano que le da de comer a las palomas justo en ese lugar donde un día algo se volvió loco.

Recuerda a ese pequeño que acariciaba al viejo can de la familia. Se le viene a la mente el momento en el que su mascota perdió el juicio y se ensañó con su rostro.

Recuerda esos ojos asesinos, el arma de su padre y los gritos de su madre.

Recuerda un disparo.

Recuerda que es hora de darle de comer a un animal hambriento.

Suelta la cadena.

EL MENSAJERO

El bar de Macaco lo consume un incendio voraz, una explosión hace polvo el billar de Don Pablo y un abaleo demente convierte en chatarra cada uno de los taxis del viejo Soto.

En simultánea, como un pequeño apocalipsis.

Me asomo a la ventana, enciendo un cigarro y contemplo el desastre.

No se trata de una mala racha, se trata simplemente del cumplimiento de un mal presagio, de una vieja profecía en la que nadie creyó, pero a la que todos están sucumbiendo.

Hora de salir. Buscó mi abrigo de chinchilla y doy un paseo por el infierno.

Atravieso calles iluminadas con intermitencia por un neón barato que golpea los calzones rotos de feas putas y las miradas suplicantes de quienes agazapados estiran sus brazos desde rincones que huelen a orín.

Mi traje y mi cigarro me sitúan en un nivel más alto que el de sus patéticas miradas.

Cuando estás en una posición de privilegio debes ser implacable y responder con una bocanada de humo ante los gestos desesperados. De lo contrario corres el riesgo de ponerte a su alcance y verte arrastrado hacia la miseria.

Primera estación, la joyería de Diego Araña. Un par de clientes deciden desalojar el lugar al percatarse de mi presencia. El viejo Araña no intenta ocultar un gesto de desprecio al verme repasar con parsimonia cada una de sus doradas vitrinas.

No sé por qué lo toma como algo personal. Soy un simple mensajero. No soy yo quien da las órdenes, tan solo las transmito. No soy el que incendia licorerías ni el que abalea billares. Soy quien hace las predicciones. Si no cumples tu parte del trato, esto es lo que sucede. Así de simple. Araña es un tipo sensato. No quiere que mi visita se prolongue demasiado tiempo. Con malestar evidente acomoda un grueso sobre encima del mostrador. Me tomo mi tiempo. Le echo otra ojeada a su inventario, dejo que su mirada se clave sobre mi espalda. Es parte del juego, portar un abrigo costoso, fumar un cigarro de marca, incomodar, intimidar.

Este fructífero negocio seguirá en pie. Meto el sobre en mi bolsillo.

Me retiro.

El viejo Araña no entenderá que, aunque el sobre fue a parar a mi gabardina no seré yo quien se gaste los billetes.

Mi trabajo me brinda ciertos privilegios pero a la vez me sitúa en una posición incómoda. Los de arriba aparentan respetarme, así es como debe funcionar, pero al fin y al cabo no soy sino el hueso más frágil del esqueleto, un simple mensajero. El día que las cosas se frieguen me van a partir en

dos, sin clemencia.

Y para los de abajo represento la desgracia, soy su portador de malas noticias.

Me he quedado solo.

Y no es lo mismo estarlo tendido en la playa tomándote una caipiriña que en la cama de un sucio hospital luchando contra un cáncer en el estómago.

Doblo la esquina.

Aún me quedan por entregar un par de mensajes

Daniel Cardona



Daniel Cardona Ochoa nació en Medellín, Colombia en 1977.

Es nacionalizado canadiense y desde el 2007 vive en Montreal, Canadá.

Como escritor, sus obras abordan la realidad social de las dos ciudades que ama (Medellín y Montreal) contadas desde la perspectiva de personajes marginales (alcohólicos, inadaptados, solitarios, neuróticos, enfermos, suicidas, drogadictos) ubicados temporalmente en la década de 1990.

Ganador de segundo premio del XIV Concurso de Cuentos “Nuestra Palabra” celebrado en la ciudad de Toronto en 2019.

Ha escrito el libro de relatos Cherry Days y las novelas cortas Sobre la tela de una araña, Atrapamoscas, Infecto y Nubes de vodka sobre San Diego.

Administra el fanzine digital literario Letrina.